Juan José Garrido Zaragozá, "Personalismo y cristianismo: *Emmanuel Mounier*", *en Interioridad y realidad. Estudios sobre la tradición filosófica occidental*, Madrid, 2025, pp.1261-1278.

Personalismo y cristianismo: Emmanuel Mounier*

1. El marco general[1]

El nombre de E. Mounier está unido para siempre a la revista *Esprit* y al *personalismo*, y más concretamente al personalismo de inspiración cristiana. En 1932, siendo un joven de 27 años, fundó con un grupo de intelectuales la revista *Esprit*, de la que será director hasta su muerte. En torno a esta revista se articuló un vasto *movimiento* de pensamiento y acción personalistas, movimiento que aún perdura.

Cuando en 1932 Mounier funda *Esprit*, ha hecho ya sus opciones fundamentales: *abandona* los estudios de medicina para dedicarse a la filosofía; y, algo más tarde, *renuncia a la carrera académica*, es decir, se niega a convertirse en «*filósofo de cátedra*», para embarcarse en una forma de pensar anclada en la realidad y en los acontecimientos, cercana a las vicisitudes de la historia y atenta a la complejidad y ambigüedad de lo concreto; esto es, en una *forma de pensar encarnada* o comprometida. Mounier *no quiere encerrarse* en la ciudadela, tan inatacable como estéril, de un pensamiento que se alimenta de sí mismo y que, desde sus alturas teóricas, desde un sistema lógicamente bien construido, desciende a explicar lo real. Al pensamiento le es previo el *acontecimiento*, la realidad; y para pensar la realidad es necesario estar *inmerso en ella*, sufrir sus avatares, hacer la experiencia de sus resistencias y también de sus promesas. Y así, para Mounier, el personalismo *será auténtica filosofía*, pero no un sistema. El filosofismo académico era a sus ojos una expresión más del individualismo dominante[2].

Hemos dicho «*pensar la realidad*». Añadamos que esa realidad que exige ser pensada de nuevo para poner de manifiesto su verdad es ante

---

* Conferencia dada en Valencia el 6 de noviembre de 2000 en el Col.legi Major Rector Peset y publicada en lengua valenciana en *Emmanuel Mounier i la tradició personalista*, Valencia, 2001, 13-24.

[1] Utilizamos la edición española de las *Obras Completas* de Mounier, Ed. Sígueme, Salamanca, 1988-1993, 4 vols. Citamos señalando siempre el título de la obra, el volumen en números romanos y las páginas en números árabes.

[2] *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 583.

todo la *realidad humana*, el mundo humano. Es decir, el hombre en su *situación histórica concreta*, que vive en una determinada sociedad, en *un régimen político y económico concreto*; con una cultura y unos valores determinados. Es el *mundo humano*, con todas sus tensiones y contradicciones, con sus paradojas, con sus ascensiones y decadencias, con sus promesas y peligros. *No encontraremos en Mounier reflexiones abstractas* sobre el hombre; siempre trata del hombre inserto en la configuración concreta de su mundo. Además, este *mundo humano* es principalmente el mundo occidental, pues con la excepción de sus notas de viaje publicadas bajo el título «*El despertar del África negra*»[3], todas sus reflexiones se sitúan en el marco de la realidad europea.

Desde su primer trabajo, Mounier filosofa movido por la «*pasión por el hombre*»; ve con claridad que ha de *pensar y trabajar* en la construcción de un futuro que esté a la altura y en consonancia con esa criatura, el ser humano, que es portadora de una *dignidad transcendente*, dignidad que la sustrae a toda cosificación, naturalización u objetivación. *Se esforzará* por liberar al ser humano de sus alienaciones, del tipo que sean, y por crear un mundo en el que se pueda ser persona en comunión con otras personas. Nos dirá que se trata de *rehacer el Renacimiento* –así se titula el primer artículo aparecido en *Esprit*[4]–, es decir, de llevar a cabo una *revolución* cuya finalidad es hacer surgir una nueva *civilización personalista y comunitaria* en la que lo espiritual, disociado de lo reaccionario, tenga la primacía; una revolución, por tanto, guiada por un realismo espiritual, que es lo mismo que un realismo integral[5].

Un pensamiento como el de Mounier, que se quiere encarnado y motivado por el *acontecimiento* es un pensamiento en *situación*: los acontecimientos sociales, políticos, económicos e históricos en general lo alimentan, y la propia trayectoria biográfica influye en él. Pero un pensamiento situado, si es auténtico pensamiento y no mero reflejo de lo que hay o pura ideología, *trasciende la situación que lo motiva* y va más allá de la propia biografía y su contexto histórico. Este es el caso de Mounier. Pensador «*en el tiempo*», por propia voluntad; pero pensador que *supera su propio tiempo*. Por eso sigue hoy hablándonos y haciéndonos pensar.

La crisis de 1929, como el mismo Mounier nos dice, puso de manifiesto «*que la felicidad europea*» entraba en agonía. Muchos se dieron cuenta de

---

[3] *El despertar de África negra*, III, 267-357.

[4] *Revolución personalista y comunitaria*, I, 169-207.

[5] *Revolución personalista y comunitaria*, I, 171-174, 198-206.

que había comenzado una crisis de civilización en la que el *individualismo burgués* y pequeño burgués, el capitalismo y la democracia parlamentaria de corte liberal eran ya incapaces de diseñar un futuro para el hombre[6]. Todo este mundo se mostraba como un «*desorden establecido*». La atención se dirigió entonces hacia las revoluciones en curso: por un lado, la revolución *marxista*, que ponía todo su acento en el cambio de las estructuras materiales y que aplazaba *sine die* el advenimiento del hombre nuevo; por otro, los *totalitarismos fascistas* que, utilizando el miedo al comunismo en las masas y oponiéndose también al parlamentarismo liberal, propugnaban una pseudo-revolución espiritual en la que se sumergía al individuo en el culto *a la raza, a la nación, al Estado, a la voluntad de poder, a la disciplina anónima y al Jefe*. Mounier va a tener que tomar posición ante esas *dos grandes revoluciones*, y hará un esfuerzo por delimitar con precisión el personalismo con respecto a la idea de ser humano que cada una de ellas es portadora. Desde 1932 hasta 1940 tiene delante principalmente estos dos interlocutores, a los que criticará con energía, pero de los que también sabrá sacar aspectos positivos, especialmente del marxismo. Mounier propugnará otra revolución para salir del desorden establecido: la *revolución personalista y comunitaria*[7].

Vendrá la guerra. En 1940 la situación va a cambiar. Mounier, como muchos de sus contemporáneos, va a pasar muchas penalidades y sufrimientos. La revista *Esprit*, que en un primer momento puede seguir siendo publicada en la llamada «*Francia libre*», es prohibida pronto. Pero al punto de terminar la guerra, reaparece. El panorama cambia. Los fascismos han sido derrotados; pero la *revolución marxista se amplía* y su atractivo es cada vez mayor. La guerra ha fortalecido el *ideal comunista* y el socialismo real comienza a implantarse en los países del Este. La tarea que aparece apremiante es la reconstrucción material y espiritual de Europa. Mounier tendrá que ahondar más en su propuesta de *revolución personalista*, y lo hará con un *diálogo crítico con el marxismo*. Al mismo tiempo, hace su aparición la *filosofía existencialista*, desarrollando temas muy afines al personalismo,

---

[6] *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 591-598.

[7] *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 599-607; 609-636. Mounier reflexionó también sobre el anarquismo y su posible relación con el personalismo. Descubrió en el movimiento obrero anarquista valores que iban en la dirección del personalismo, como la vuelta al sujeto concreto, la oposición al positivismo y la negación opresora del poder de los Estados. Pero mantuvo una clara oposición con respecto a la concepción materialista del hombre, los medios propagados para llevar a cabo la revolución y la abolición sin más de toda autoridad. Cfr. *Anarquía y personalismo*, I, 759- 846.

pero marcada, al menos en el caso de Sartre, por un cierto nihilismo –es la filosofía del hombre como pasión inútil– por una cierta tendencia idealista en lo que toca a la libertad humana, y por un historicismo radical que considera al ser humano como pura posibilidad anormada. Mounier tendrá también que *dialogar* con esta filosofía, a la que no negará sus méritos, pero con la que mantendrá siempre profundas diferencias[8].

El personalismo es una *filosofía* y un movimiento *no confesionales*. Mounier, católico convencido y comprometido, quiere que en él quepan todos cuantos puedan contribuir con sus ideas y sus acciones a la emergencia de una civilización personalista, sean católicos o protestantes, agnósticos o ateos. Pero en el propio Mounier la inspiración cristiana de su pensamiento es evidente, no en vano en el origen del personalismo hay que situar la fe cristiana. Reconoce y afirma en sus escritos la importancia de la fe cristiana y de la teología a la hora de pensar de forma correcta al ser humano. Pero al mismo tiempo lamenta que la *cristiandad contemporánea* no esté a la altura de las circunstancias históricas. Mounier reflexionará muchas veces sobre el *cristianismo* y el personalismo[9], y en esa reflexión será muy crítico con los compromisos que desde hace tiempo mantiene la cristiandad occidental con el «desorden establecido». Las páginas consagradas a este tema debieran ser hoy, para todo cristiano preocupado por el porvenir del hombre, de obligada lectura.

2. El personalismo

Nos dice Mounier que el personalismo es *perspectiva, método* y *exigencia*. Como perspectiva, se caracteriza por un *realismo espiritual*, que quiere tomar al hombre en su totalidad, sin exclusión. *No es un sistema*. Como método, es un modo de pensar que no se encierra en idealismos o puras construcciones mentales, ni se atiene sin más a un *empirismo integral*: estudia al hombre concreto, pero sin olvidar su dimensión eterna o de transcendencia. Como exigencia, es compromiso total y condicional a la vez, compromiso que se ejercerá en la critica y en la acción[10].

El personalismo es «*perspectiva*», no es un *sistema de ideas de las que deducir soluciones infalibles*. «Como toda doctrina inserta en la historia, no

---

[8] *¿Qué es el personalismo?*, III, 256-258, 277-361; *Introducción a los existencialismos*, III, 87-191.

[9] Cfr. *Revolución personalista y comunitaria*, I, 413-434; *Personalismo y cristianismo*, I, 849-904; *El afrontamiento cristiano*, III, 25-84; *La cristiandad difunta*, III, 553-741.

[10] *¿Qué es el personalismo?*, III, 263-264.

es un esquema intelectual que se traslade intacto a través de esa historia. *Combina la fidelidad a un cierto absoluto humano con una experiencia histórica progresiva*»[11]. A cincuenta años de la muerte de Mounier, podemos pensar que nuestra experiencia histórica no coincide con la suya. Lo que supone, como exigencia, que el personalista de hoy debe expresar su fidelidad al absoluto humano poniendo de manifiesto aspectos nuevos del rostro del hombre y desenmascarando nuevas alienaciones. No voy a entrar en esta tarea. Yo quisiera detenerme en esa «*fidelidad al absoluto humano*», en ese núcleo permanente sin el cual toda civilización nueva corre el riesgo de ser una nueva forma de alienación.

2.1. Mounier nos dice que una crisis de civilización es en el fondo una crisis del hombre, que la quiebra de un *mundo cultural es expresión externa* de una quiebra más profunda, la quiebra del hombre. Por eso, en su análisis y descripción del «desorden establecido» tiene sumo interés en descubrir aquellos aspectos que indican concepciones y prácticas que oscurecen el rostro del ser humano[12].

a) Frente a *todo método de cosificación o naturalización*, Mounier afirmará sin ambigüedades el carácter transcendente del hombre. ¿Qué quiere decir esto? El hombre es «espíritu encarnado»; por su corporeidad tienen un exterior que lo sitúa en el tiempo y en el espacio. Ese exterior o corporeidad puede, sin duda alguna, ser abordado con métodos objetivos, como hace la ciencia natural. Sin embargo, lo que desde ese método se puede saber del hombre no *es todo el* hombre. La ciencia tiende a objetivar; en su dinámica interna «*naturaliza*» cuanto toca, reduce a cosa cuanto estudia; para ella el ser humano no goza de un *estatuto especial*, no supone ninguna novedad en el ser, no goza de ningún *privilegio ontológico*. En la cultura occidental el desarrollo de la ciencia y su progresiva aplicación al ser humano ha sido sin duda alguna un factor importantísimo de «naturalización». Frente a semejante perspectiva Mounier afirmará tajante que el hombre «*trasciende la naturaleza*», que el hombre rebasa lo dado. Apelará a la experiencia que el hombre tiene de sí mismo, *a la conciencia de su ser como un dato incuestionable*. El hombre, nos dirá, no es cosa, sino un sujeto, una realidad que posee un interior y una libertad que lo sustraen a toda cosificación. Esta trascendencia del ser humano con respecto a la naturaleza y a su propia naturaleza es fundamental. Supone afirmar que el

[11] *¿Qué es personalismo?*, III, 198.
[12] *¿Qué es personalismo?*, III, 221-225.

hombre es, por ello, un *fin en sí mismo*, no un medio o instrumento; que el hombre posee *dignidad y no precio*; que es una realidad no intercambiable; supone afirmar que el hombre merece respeto[13].

b) *Como reacción* al naturalismo surgió el historicismo radical. Para ciertos filósofos *descosificar* al ser humano suponía *convertirlo en pura historia*. Y así, el existencialismo negaba toda naturaleza al ser humano para hacer de él una pura *posibilidad*, una *libertad absoluta*: el hombre es la única realidad que no tiene ni el ser ni el actuar inscrito en su naturaleza, sino que está *condenado a inventárselo, a creérselo*; y en esa creación todo es posible. Mounier no aceptará tampoco este modo de pensar. La libertad absoluta es, para él, un mito. Recuperar al hombre como sujeto, recuperar la *subjetividad* humana frente a toda objetivación es importante; pero negar la dimensión natural que ciertamente tiene es caer en un idealismo o en un historicismo. El hombre, nos dirá Mounier, posee una naturaleza, pero una naturaleza «humana». El hombre tiene una condición humana. La corporeidad es necesariamente el lugar de la *presencia* de la espiririualidad, la posibilidad misma de la comunicación. Pero la naturaleza en el hombre es internamente humana. El hombre es *carne*, como diría Merleau-Ponty; y carne, en palabras de Ortega, es «un *cuerpo cargado de electricidad subjetiva*». El hombre, con su conciencia y libertad, trasciende el ámbito de lo natural; el hombre ha de construir su vida y labrarse un futuro; el hombre es *quehacer*. Pero el hombre no es sin más un absoluto; es un cierto absoluto, un «*relativo absoluto*»; por eso su libertad está bajo condiciones. La libertad humana no es solo elección; no es tampoco pura creación desde la nada; es también *adhesión y reconocimiento* de un orden del ser que trasciende la propia libertad y se le ofrece para ser reconocido y apropiárselo. El hombre es un ser que con su naturaleza dada hace su historia y se hace a sí mismo. En este sentido, y solo en este sentido, acepta Mounier la frase de Pascal según la cual «*el hombre supera infinitamente al hombre*»[14].

c) El hombre es *espíritu encarnado*; en él todo lo corporal es espiritual y todo lo espiritual es corporal. Pero aquello por lo que el hombre trasciende la naturaleza es lo que podemos designar por el nombre de «espíritu». Sin embargo, la condición encarnada del hombre, si se lleva al extremo y se ignora, aunque sea tácticamente, su dimensión de trascendencia, puede tener *falsas consecuencias*. Por el cuerpo el hombre es un ser situado, un ser siempre en contexto. Y muchos dirán que el hombre como tal, sin adjetivar,

---

[13] *¿Qué es Personalismo?*, III, 235-239; *El personalismo*, III, 463-472.

[14] *El personalismo*, III, 499-506.

no existe, sino que siempre es un ser reducido a su contexto: existe *el burgués, el obrero, el miembro de una clase, de una nación*, etc. Los *totalitarismos modernos* se han deslizado por esta pendiente; así el *fascismo* y el *marxismo*, que solo consideran al ser humano o bien en tanto que *miembro de una «comunidad natural»*, o en tanto miembro de una clase. Mounier rechaza con fuerza estas afirmaciones. No negará la importancia del *«arraigo»* en una nación o en una cultura, en una comunidad natural; los nacionalismos tienen una parte de verdad. Pero el hombre, en su dignidad irreductible, *trasciende esas comunidades y esas solidaridades*; no negará en absoluto, sino que la afirmará, la necesidad de una revolución material que cree las condiciones objetivas para el desarrollo y crecimiento de la persona, pero rechazará con energía la socialización total del ser humano que pretende el marxismo. El hombre no solo trasciende su naturaleza, sino que, por ello mismo, trasciende contextos y situaciones, trasciende la propia historia. Afirmar esto lo exige la *fidelidad a lo eterno* del hombre[15].

d) ¿Es el hombre un ser transcendente en el sentido de abierto *a un ser personal extramundano llamado Dios*? Esto es otra cuestión. Mounier está convencido de que el hombre es un ser transcendente también en este sentido. Es más, piensa que afirmar esta trascendencia es de enorme importancia para fundamentar el personalismo, pues sostener que la fuente de toda la realidad es un *ser personal* supone admitir que la meta de la evolución natural y de la misma *historia es la personalización* y que ser persona es la suprema forma del ser[16]. Pero no todos poseen esta fe. Cualquier pensamiento que admita la trascendencia que antes hemos descrito está ya en el camino del personalismo.

2.2. Hemos visto un aspecto, ciertamente esencial, de ese *cierto absoluto* del ser humano: *su dignidad inalienable*, su ser sujeto y no cosa. Pero falta aún un aspecto también esencial: su *apertura constitutiva a otros seres de igual dignidad*, a otros sujetos.

a) En la cultura occidental, además de esa tendencia a la naturalización del ser humano, se ha dado una fuerte *tendencia hacia el individualismo*, tanto en filosofía como en la organización social y política. El mundo moderno se caracteriza, desde Descartes, por otorgar *la prioridad al sujeto frente a la realidad*. Separa el *«yo»* de las cosas, lo encierra en sí mismo, se

[15] *Revolución personalista y comunitaria*, I, 257-262 y 263-269; *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 599-607; 609-621.

[16] *El personalismo*, III, 453-454; 509.

complace en sus evidencias, y acaba no encontrando caminos para *acceder al mundo exterior ni al de las otras conciencias*. Se hace «incomunicable». El sujeto convierte todo lo que le rodea en objeto, esto es, en algo que es y se constituye desde la subjetividad; ese objeto, además, reducido a *res extensa*, a pura exterioridad, carece en sí mismo de significación relevante para el sujeto, es un desierto de significaciones, y se convierte en *objeto útil*, esto es, en algo que solo vale en la medida en que incrementa mi poder; se convierte en algo *manipulable, en mera utilidad*[17].

b) El *individualismo moderno* en su expresión social y política guarda relación con esta filosofía que otorga al sujeto la primacía fundante. Se afirma con la *burguesía* como clase ascendente que *reclama derechos* para el individuo como tal individuo, por encima de los estamentos históricos y las pertenencias sociales. La burguesía tuvo sus momentos de grandeza, protagonizó una revolución, proclamó los derechos del ciudadano; puso en práctica virtudes fuertes como la aventura, la audacia, la honestidad; y estableció un orden político nuevo como la democracia y el régimen de libertades. Pero en sus mismos fundamentos *llevaba su decadencia*: al considerar al hombre como individuo y centrarlo todo sobre sus intereses económicos, ha acabado por pervertirlo todo. Mounier tiene sumo cuidado de que no se confunda el *personalismo* como una forma nueva de individualismo, y en sus escritos arremetió con todas sus fuerzas contra la *civilización burguesa* de su tiempo, que ni siquiera posee la grandeza de los comienzos. Al individualismo *audaz, independiente, reformador* y aún lleno de aventura, que favoreció la industria y buscó en ella su ganancia, ha sucedido un individualismo pequeño burgués, que exige *la seguridad y el confort* como metas supremas, encerrado en sus propias complacencias y egoísmos, lanzado a la búsqueda de beneficios en la especulación capitalista, que solo valora *el dinero y la consideración social* que le reporta. «*Henos aquí lejos del héroe* –dice Mounier–. No hay sobre el altar de esa triste Iglesia más que una deidad sonriente y horriblemente simpática: el burgués. El hombre que ha perdido el sentido del ser, que no se mueve más que entre cosas, cosas utilizables, despojadas de su misterio. El hombre que ha perdido el amor; cristiano sin inquietud, incrédulo sin pasión, hace tambalear el universo de las virtudes en su loca carrera hacia el infinito, alrededor de un pequeño sistema de tranquilidad psicológica y social: *dicha, salud, sentido común, equilibrio, placer de vivir, confort*. El confort es al mundo bur-

[17] *Revolución personalista y comunitaria*, I, 186-187; *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 595; *El personalismo*, III, 457.

gués lo que el heroísmo en el Renacimiento y la santidad en la cristiandad medieval: el valor último, móvil de la acción». «El confort pone a su disposición consideración y reivindicación. La consideración es la suprema aspiración social del espíritu burgués; cuando ya no encuentra gozo en su confort, encuentra al menos una vanidad en la reputación que posee con él. La reivindicación es su actividad fundamental. Del derecho, que es una organización de la justicia, *él ha hecho la fortaleza de sus injusticias*, de ahí su radical juridicismo. Aunque ama muy poco las cosas que acapara, es sumamente susceptible en cuanto a la conciencia de su derecho presunto, que para un hombre de orden supone la más alta forma de conciencia de sí mismo. No existiendo más que el tener, el burgués se define, ante todo, como propietario. Está poseído por sus bienes: la propiedad ha sustituido a la posesión»[18].

Este *individualismo burgués* ha creado un mundo *dislocado*. Separa el espíritu de la materia, lo que le lleva, por un lado, a confundir la *vida espiritual* e interior con la vida privada y con un mundo de ideas sin conexión con la realidad; y, por otro, a perder el *sentido del ser*, pues toda realidad, desprovista de profundidad y misterio, es contemplada desde el único *valor de la utilidad y el dinero*. Ha hecho del pensamiento una *ideología*, esto es, una justificación interesada de su dominio y hegemonía; defiende el orden que protege su seguridad, pero es insensible a la injusticia social que él mismo genera; en las masas de los desheredados y proletarios solo ve una amenaza de su mundo. Se refugia en un «*espiritualismo*» que da la espalda a la realidad social y a la historia. La igualdad que propugna ante la ley es, de hecho, encubridora de injustificables desigualdades. El ser humano es para el burgués un «individuo abstracto», pues ha erosionado en él *su enraizamiento en comunidades naturales*, le ha sustraído su *vocación y responsabilidad*. Hace imposible la comunidad, pues entiende la sociedad civil como una suma de individuos cada uno laborando por su propio interés y sin más lazos de unión que un derecho formal. «Al conducir al hombre a una individualidad abstracta –dice Mounier– sin vocación, sin responsabilidad, sin resistencia, el individualismo burgués es el furriel del reino del dinero, es decir, como las palabras expresan perfectamente, de la sociedad anónima de fuerzas impersonales»[19].

c) Mounier rechaza *este individualismo* tanto en la expresión filosófica como en la *social y política*. Para él, el ser humano es constitutivamente

[18] *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 591-598.

[19] *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 598.

apertura a lo que no es él, a lo *otro* en tanto que otro; la misma subjetividad, la conciencia, es siempre conciencia de lo que no es ella, está esencialmente *dirigida a lo que la trasciende*, como puso de manifiesto la *fenomenología*, y especialmente la fenomenología existencial. El hombre, en virtud de ello, es *un ser excéntrico, expuesto y vertido a lo otro*. El mundo, las cosas, los otros seres humanos no son un añadido a mi «yo», sino un constitutivo formal suyo. El primer movimiento del ser humano no es un repliegue sobre sí, sino un abrirse al mundo. Y muy particularmente al mundo de *los otros seres humanos*, de los otros «yoes». La subjetividad humana es *intersubjetividad*. El «yo», el sujeto, a pesar de la filosofía moderna, no es en consecuencia lo primero. Lo primero, el dato de experiencia originario, es el «nosotros», los «*otros yoes*» que siempre son un tú para mí, un «tú» con su conciencia, libertad y riqueza insondable. Escribe Mounier: «El primer cuidado del individualismo es cerrar el individuo sobre sí; el primer cuidado del personalismo, descentrado para establecerlo en las perspectivas abiertas de la persona. El primer movimiento que revela a un ser humano en la primera infancia es un movimiento hacia el otro (...); la persona se nos aparece entonces como una presencia dirigida hacia el mundo, las otras personas, sin límites, mezclada con ellas, en perspectiva de universalidad. Las otras personas no la limitan, la hacen ser y desarrollarse. Ella no existe sino hacia los otros, no se encuentra sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El tú, y en él nosotros, preceden al yo, o al menos, lo acompañan»[20].

El hombre como ser personal es, pues, comunicación; y le es inherente la comunidad. Por eso la revolución personalista es esencialmente una revolución comunitaria, porque es una revolución integral. Y la comunidad, nos dirá Mounier, no es sin más la *sociedad*, esto es, la suma de individuos que desde sus intereses pactan formas de convivencia; la *comunidad es una «persona de personas»*, una sociedad constituida por seres humanos que, desde su dignidad irrenunciable, se configuran y desarrollan como tales seres humanos en relación constitutiva de unos con otros; y su fundamento *no es el interés ni el egoísmo, sino el amor y el respeto, el reconocimiento, la donación y la entrega, la generosidad*. Tampoco se puede identificar la comunidad con el colectivismo totalitario; este colectivismo, es verdad, ha llevado a cabo una profunda revolución de las estructuras materiales y sociales, pero reduce el hombre y su conciencia a producto social, ahoga la

[20] *El personalismo*, III, 475; cfr. *Introducción a los existencialismos*, III, 157-159; *¿Qué es el personalismo?*, III, 277-278.

libertad, y *no respeta la libertad*, pues pretende someter por entero el hombre al Estado[21].

La filosofía personalista es un pensamiento y una acción *comprometidos con el hombre*; y lo es porque la persona, como espíritu encarnado es compromiso. Un compromiso que lleva, entre otras cosas, a promover una *revolución espiritual* que sea a la vez una *revolución de las estructuras materiales*. Exigirá, en consecuencia, una forma nueva de entender la propiedad, pues la forma como la entiende el individualismo capitalista es injusta y degradante; una *reforma de la economía* en la que el dinero y la ganancia no sean la única ley; una *valoración del trabajo* como medio de transformación y humanización de la naturaleza y como autorrealización y campo de solidaridad; un *cambio en las estructuras sociales* y en las instituciones políticas que haga posible una mayor participación ciudadana en las decisiones. Una *revolución espiritual* que no incluyera todos estos aspectos, partiendo como se parte de que el hombre es un espíritu encarnado, sería una evasión y una trampa. Mounier opta decididamente por un realismo espiritual. Además del cambio en las estructuras materiales y políticas, una revolución espiritual exige *un cambio en la cultura*: en los valores, en el *pensamiento, en la ciencia y la técnica, en el arte*, etc. La cultura, y todo el mundo de la creación, sin perder su autonomía, encontrará su verdad y su inagotable riqueza si erige en su centro a la persona; si se entienden como formas de personalización, modos de comprender el hombre en su misterio; caminos de ensanchamiento de la persona.

Mounier ha hecho tema de reflexión, y en más de una ocasión, todos estos aspectos de la revolución espiritual. Ha examinado con lucidez sus ambigüedades y sus desviaciones posibles, ha analizado los *modos de acción*, sus *impurezas inevitables*, sus *afianzas recomendables, sus traiciones*. Casi ningún aspecto ha escapado a su mirada y examen. La lectura de todos estos textos es aún hoy altamente instructiva. Por otro lado, Mounier es también consciente de que su pensamiento, encarnado y comprometido con la realidad humana concreta y su futuro, presenta *toques de utopía*. Pero prefiere la utopía, prefiere ese sueño despierto de un mundo humano mejor, que *el realismo a ras de tierra que canoniza los hechos*, se resigna a ellos y solo conduce a un escepticismo estéril[22].

---

[21] *Revolución personalista y comunitaria*, I, 219-244; *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 599-621.

[22] Sobre estos puntos, cfr. *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, I, 501 y ss.; *Manifiesto al servicio del personalismo*, I, 645-732; 741-795.

Hemos hablado del personalismo, del hombre como persona y no como individuo. Pero *no hemos definido la persona*, porque es indefinible, porque no es una cosa. «La persona no es el más maravilloso objeto del mundo, un objeto al que conoceríamos desde fuera, como a los demás. Es la única realidad que podemos conocer y que al mismo tiempo hacemos desde fuera. Presente en todas partes, no está dada en ninguna»[23]. No es, pues, lo incognoscible, ni lo indecible, pero sí lo indefinible. De ella podemos dar una *descripción*, siempre susceptible de ser mejorada. Mounier nos dirá que «la persona es una actividad vivida de autocreación, de comunión y de adhesión, que se aprehende y se conoce en su acto como movimiento de personalización»[24]. Todo lo que hemos dicho hasta ahora se recoge en esta descripción. La *persona es esa actividad vivida*, que se hace a sí misma desde la adhesión a un mundo de valores, que trasciende la naturaleza, la situación, la historia, que se trasciende a sí misma. Es, como ya hemos indicado, un *cierto absoluto*, un absoluto relativo.

*****

Que cada cual piense ahora hasta qué punto sigue *siendo actual* el personalismo de Mounier. Hoy, como todos sabemos, asistimos desde *la ciencia y la técnica*, apoyadas por ciertas filosofías de la muerte del hombre, a *un proceso de naturalización sin precedentes del ser humano*, este naturalismo, aliado paradójicamente con un historicismo radical que concibe al hombre como pura posibilidad anormada (sin valores, sin naturaleza), ha convertido al ser humano en una realidad plástica sometida a cualquier forma de experimentación y ensayo. Pienso que solo una *reflexión positiva sobre el ser humano* como persona puede reconducir a una civilización en la que «lo posible», por el mero hecho de serio, es realizable.

Por otro lado, todos conocemos también la metamorfosis del individualismo. En nuestros días, con el neocapitalismo y la sociedad de consumo, el individualismo es la nota dominante en nuestras sociedades. Es el individualismo puro, solo atento al propio bienestar, a la propia realización, indiferente a todo compromiso y a la suerte de los otros. Es un individualismo sin virtudes, concentrado solo en la satisfacción de los deseos cambiantes. Es el individualismo narcisista, tantas veces descrito.

---

[23] *El personalismo*, III, 453.

[24] *El personalismo*, III, 453.

3. Personalismo y cristianismo

Termino con unas breves reflexiones sobre *Mounier y el cristianismo*. Ya he dicho que Mounier es un católico convencido y comprometido. Desde su fe cristiana sabe que *el cristianismo ofrece el mejor fundamento al personalismo*. Dios como *realidad personal*, o mejor, como unidad en trinidad de personas; Dios que en sí mismo es comunión y amor; el hombre creado por Él a su imagen y semejanza, redimido y llamado a participar de su vida de amor; Dios que se encarna, se hace hombre, asume la condición humana y la historia para deificarla. Si *Dios se hace hombre, es obvio que el hombre es lo más que se puede ser*. El cristianismo, incluso humanamente hablando, es una fuente inagotable de personalización.

Pero el cristianismo tiene siempre un *rostro temporal*, se encuentra siempre, por la ley de la encarnación, bajo la *figura de una determinada cristiandad*, en un modo histórico de realizarse. Y las cristiandades pueden ser más o menos fieles al cristianismo, a su inspiración eterna. Es aquí donde aparecen los *problemas*, donde aparece, en consecuencia, el problema de la cristiandad presente. Los avatares históricos y las decisiones humanas han hecho que *la cristiandad presente se haya aliado con el individualismo burgués* y haya perdido su fuerza transfiguradora[25]. Y así, bajo el nombre de cristianismo hoy encontramos principalmente «un código de decoro moral y religioso cuya principal preocupación parece ser desalentar los anhelos, calmar los abismos, dejar a un lado las audacias, evacuar el sufrimiento, conducir a conversación doméstica las llamadas del infinito y domesticar las angustias de nuestra condición»[26]. Ha desaparecido del rostro temporal cristiano la potencia vital, la fuerza de afirmación y de iniciativa, el espíritu de ataque y riesgo; *el cristianismo se ha quedado sin sistema nervioso*[27]. Y ello se debe a su acaparamiento progresivo por parte de la clase burguesa.

El gran burgués de los comienzos *se opuso* a la Iglesia y quiso arrebatarle su protagonismo. Pero el espíritu pequeño-burgués, movido por el *temor* a las masas desposeídas y por la obsesión del orden, *encuentra en la religión cristiana un elemento más de confort*. «Volteriana hasta entonces, la burguesía se transforma. Había olvidado al Dios constructor entre las delicias de la construcción. Y retoma al Dios intendente para mantener el orden entre los pisos, sugiriendo a los inquietos la moderación y la resig-

---

[25] Cfr. *Revolución personalista y comunitaria*, I, 411-434; *El afrontamiento cristiano*, III, 31-63; *La cristiandad difunta*, III, 555-566.

[26] *El afrontamiento cristiano*, III, 48.

[27] *El afrontamiento cristiano*, III, 48.

nación. *En adelante* su política es expandir en la masa las aspiraciones que se le han establecido y a las que, por otra parte, por sus moralistas, concede un valor universal, pero llevándolas a un canon suficientemente modesto para que los poderes adquiridos sean dejados fuera de causa. Es entonces cuando lanza las místicas del pequeño accionista, del *pequeño comerciante, del pequeño patrón, del pequeño propietario*... el cristianismo es evacuado con honores oficiales para instalar bajo el mismo nombre y a expensas de los papanatas, una *religiosidad utilitaria* más o menos dependiente de la policía de las sociedades. La fe, la esperanza y la caridad ceden el paso en el corazón del practicante-traficante al gusto por la seguridad, por la economía, por la pequeña buena vida, por la inmovilidad social»[28].

Este cristianismo burgués se transforma inevitablemente en un *individualismo religioso*, destila una espiritualidad vaga e incomprometida para el *consumo interior*; asume resignado su marginación al mundo de la *vida privada*; corona con adormidera las genuinas virtudes cristianas. Es el cristianismo como debilidad, duramente atacado por Nietzsche.

Este cristianismo pequeño-burgués *no tiene futuro*. Con su complicidad con el «desorden establecido» ha firmado su *sentencia de muerte*. Constituye, a pesar de su vigencia actual, una cristiandad difunta. «El cristianismo de hoy –dice Mounier– no está amenazado de herejía; está *amenazado por una apostasía silenciosa* hecha de indiferencia ambiental y de su propia distracción. Estos signos no confunden: la muerte se aproxima. *No la muerte del cristianismo, sino la muerte de la cristiandad occidental* feudal y burguesa. Una cristiandad nueva nacerá mañana, o pasado mañana, de nuevas capas sociales y de nuevos ejércitos extra-europeos. Es preciso aún que no la asfixiemos con el cadáver de la otra»[29].

Mounier está convencido de que *el porvenir del mundo* y particularmente de la libertad, *depende en gran parte de esa nueva cristiandad*. Y cree que para que efectivamente esa nueva cristiandad se haga presente no es necesario inventar ninguna novedad, sino solo «descubrir el propio cristianismo, devolver a la Palabra su desnudez penetrante»[30]. Es así como recuperará su fuerza y energía transformadoras, su capacidad de *renovar la cultura*, de configurar una nueva civilización. El cristianismo necesita también, para ser eficaz en el mundo, una *revolución espiritual*. Y ese cristianismo nuevo será sin duda alguna profundamente personalista.

---

[28] *El afrontamiento cristiano*, III, 48.

[29] *La cristiandad difunta*, III, 566.

[30] *La cristiandad difunta*, III, 561.